

# Cómo contar estrellas

AINHOA GARDACHAR MARRERO



SIREN  BOOKS

# Cómo contar estrellas



# Cómo contar estrellas

AINHOA GARDACHAR MARRERO

SIREN  BOOKS

Primera edición: febrero 2023

© de la obra: Ainhoa Gardachar Marrero, 2023

© diseño de cubierta y guardas: Marta Gil Farcha, 2023

© de la corrección: Patricia Rouco Ferreiro

© fotografía de autora: Mónica Romero García

© de la presente edición: Editorial Siren Books, S.L., 2023

info@sirenbooks.es

<https://sirenbooks.es/>

ISBN: 978-84-126043-7-5

Depósito legal: M-31037-2022

IBIC: YFM

Impreso en España

Cualquier forma de reproducción, distribución, comunicación pública o transformación de esta obra solo puede ser realizada con la autorización de sus titulares, salvo excepción prevista por la ley. Diríjase a CEDRO (Centro Español de Derechos Reprográficos) si necesita fotocopiar o escanear algún fragmento de esta obra ([www.conlicencia.com](http://www.conlicencia.com); 917021970/932720447).

*Para mi hermana Nuria, que sepas que todavía me acuerdo del botellazo que me diste cuando éramos pequeñas. Te quiero.*



«Puedo escribir los versos más tristes esta noche; escribir, por ejemplo:  
la noche está estrellada y tiritan, azules, los astros, a lo lejos».

PABLO NERUDA

«Detesto lo que escribes, pero daría mi vida para que pudieras  
seguir escribiéndolo».

VOLTAIRE



Hay algo que la llama, una voz distante y suave, imperceptible si no fuera por el silencio sepulcral de su habitación.

Tala abre los ojos cuando palabras que no entiende ahora pero cuyo significado conoció algún día, hace años, se cuelan por la ventana.

El olor a tierra mojada y ganado también entra por la ventana abierta. Tala arruga la nariz, cierra los ojos y finge que está en cualquier lugar menos aquí, en medio del campo y lejos de donde lleva mucho tiempo queriendo estar.

En la habitación principal, al otro lado del pasillo, sus padres hablan en gritos ahogados. Si cierra los ojos, Tala puede imaginarse la voz de su hermana Nina, perdida hace tiempo.

Cuando los abre, se da cuenta de que la voz no está perdida, no del todo.

*Estrellas bajo el mar*, Micah Nguyen





# uno

Hoy en día las librerías no son necesarias. Los libros se descargan en páginas pirata, en webs que no encuentras a no ser que te pongas a buscar a consciencia o en un internet que, por mucho que me esfuerce, no soy capaz de descifrar. Más allá de las ilegalidades, no hacen falta librerías porque existen bibliotecas, y no hacen falta bibliotecas físicas porque las hay *online*. Y si cualquiera de estas cosas falla, siempre queda Amazon.

Al menos, eso es lo que piensa mi hermana Amelia. Teniendo en cuenta que yo trabajo en una librería y que su ex mejor amigo acaba de publicar un libro, la idea es bastante graciosa.

Pero mi hermana no tiene ni idea de lo que habla. ¿A quién no le gustan las librerías? Son los sitios más apacibles y tranquilos que hay en el mundo, superando incluso a los bosques apartados de la ciudad o las cafeterías escondidas, esas que están en los sitios que menos te esperas y resguardadas del barullo de las multinacionales.

Las librerías son mucho mejores, no solo porque suelen estar vacías, a excepción de lectores ávidos, sino porque en ellas puedes perderte en tu propio mundo y en *otros*. Puedes sacar un libro de su estantería, el que más te apetezca o llame la atención, y adentrarte en un mundo completamente nuevo, uno con el que no te habías atrevido a soñar antes.

Siempre va a haber libros más interesantes que otros, pero, durante al menos un momento, todos ellos son nuevos y fascinantes, una

realidad que en ninguna otra ocasión serías capaz de vivir. A mí me gustan las librerías porque me ofrecen libertad, una vía de escape del mundo ordinario; entre libros ya no soy Eugenia Silva de Salva Guardia. Entre libros puedo ser quien me dé la gana.

Fue mi madre la que me introdujo en el mundo de los libros. Lo intentó también con Amelia, pero con ella no tuvo tanto éxito. Mientras que yo me convertiría en una friki de los libros, mi hermana seguiría el camino de mi padre y la cocina. A ella no le gustan las cafeterías escondidas y silenciosas, sino el ruido y entusiasmo de bares bien conocidos y llenos hasta rebosar.

Pero suficiente sobre mi hermana.

Mi madre me llevó a una librería por primera vez cuando tenía cuatro años, y lo recuerdo todo como si fuera ayer. Amelia acababa de empezar clases de *ballet* —obligadas, tengo que decir, porque mi hermana no iría a *ballet* por voluntad propia en la *vida*— y en lugar de dejarme en casa viendo la televisión como normalmente haría, decidió que esa sería una tarde de chicas.

La tarde de chicas consistió en mi madre arrastrándome a su librería favorita, Los Iluminados, un local tan repleto de libros que apenas cabían personas. Por aquel entonces mi yo de cuatro años no llegaba a comprender cómo de importante serían los libros para mi yo del futuro, pero recuerdo que me pasé la hora y media que estuvimos allí dentro rodeada de libros ilustrados, libros *pop-up* y álbumes mudos mientras mi madre se arrinconaba a mi lado y leía cosas de mayores.

A partir de entonces se convirtió en un ritual que no cesó, ni siquiera cuando Amelia dejó *ballet*. Todos los jueves, mi madre y yo sacábamos tiempo de donde no había para ir un rato a Los Iluminados a leer, compartir y comprar más libros de los absolutamente necesarios. El dueño de la tienda, un hombre mayor con tres gatos llamado Víctor, nos conocía por nombre y nos trataba como si fuéramos familia.

Los libros ilustrados pasaron a ser libros para niños, que se convirtieron en libros juveniles y luego clásicos. Cuando pienso en mi infancia, Los Iluminados es el primer lugar que se me viene a la cabeza: es donde crecí, el sitio en el que todos mis sueños se hacían realidad con tan solo el pasar de una página.

Es lo que más echo de menos de Argentina. En Salva Guardia hay varias, pero ninguna es igual que Los Iluminados; ninguna comparte el olor a libro viejo, las tapas de los tomos más antiguos o el sonido de la gotera de la trastienda, el maullido de los gatos de Víctor o los téis que a veces nos traía cuando mi madre y yo nos enterrábamos entre demasiadas palabras.

Los Iluminados siempre va a tener un lugar especial dentro de mi corazón. No es solo el lugar en el que empecé a leer, sino también a *escribir*. Esa, no obstante, es una historia para otro momento.

Una de las cosas que más me gustaban de la librería de Víctor era el silencio que te acogía nada más entrar. No había altavoces con música, ni personas de cháchara detrás de las estanterías, ni los tap, tap, tap de dedos sobre una pantalla de móvil. Cuando entrabas a Los Iluminados nadie te molestaba. El silencio era sepulcral.

En la librería donde trabajo ahora, La esquina 43, hay de todo menos silencio. Ahora mismo ni siquiera me escucho *pensar*.

Ni siquiera se oye la música *k-pop* de la que Silvia es tan fan y de la que no puedo escapar. Normalmente pactaría con quien fuera para que los altavoces se rompieran y así dejar de escuchar canciones en coreano, pero es que no me había encontrado en esta situación nunca: voces sobre voces sobre gritos, tantas que es imposible distinguir unas de otras.

Si entra otra persona, reventamos.

—Perdón —murmuro entre dientes, recibiendo un codazo en las costillas que casi me hace doblarme en dos—. Lo siento. *Trabajo aquí*. Necesito pasar.

Nadie me hace caso. No porque no me haga oír, que también, sino porque están todos muy concentrados en la estrella del día como para prestarle atención a una donnadie como yo. ¿Y quién lo haría, cuando Micah Nguyen está al caer? Reciente escritor *best seller*; antiguo habitante de Salva Guardia; ex mejor amigo de Amelia.

Una chica bastante más bajita que yo me agarra de la camisa al pasar a su lado y tira fuerte para llamar mi atención. Al girarme hacia ella le doy con la coleta en la cara a alguien, que se queja, pero no le doy demasiada importancia. Hay tanta gente a mi alrededor que no creo que sepa que he sido yo.

—¿Qué pasa?

—¿Sabes cuándo va a salir Micah? Llevamos esperando —señala a una chica todavía más bajita que ella a su lado y luego al reloj de pulsera rosa alrededor de su muñeca— casi una hora.

Hace dos años desde la última vez que vi a Micah, pero cuando lo haga dentro de un par de minutos, con suerte, voy a estrangularlo. Es su culpa que haya más de trescientas personas en un local hecho para doscientas como mucho. También es su culpa que esta gente no me deje moverme más de cinco centímetros sin que me pisen o golpeen.

—En cualquier momento —contesto, dispuesta a seguir mi camino, pero la chica no me ha soltado la camisa—. ¿Qué?

Debe escuchar el descontento en mi voz, porque frunce el ceño.

—Se supone que iba a llegar hace *una* hora.

Estrangularlo. Nada más verlo.

—Lo sé, pero hemos tenido un par de inconvenientes.

Es mentira. Lo que ha pasado es que a Micah se le antojó para desayunar un *croissant* de jamón y queso del pueblo de al lado, a veinte minutos, y llega tarde. Puede que no les preste demasiada atención a los amigos de mi hermana, pero si con algo me quedé de su relación con Micah es que el chaval nunca, *nunca* llega puntual.

Ni siquiera a su propia firma de libros.

La chica suspira y abre la boca otra vez, seguramente para seguir protestando, así que me escabullo entre el gentío antes de que tenga oportunidad. Me abrazo a los libros como un pulpo para que no se me caigan; normalmente no me lleva más de dos minutos llevar libros de una punta de la tienda a la otra, pero hoy parece misión imposible. Es como intentar escaparse de un laberinto.

Un chico con el que fui al instituto pero que parece no reconocermme me pregunta si Micah va a tardar mucho y resopla cuando le digo que no, que solo unos minutos más. Una mujer pone los ojos en blanco cuando le digo que no, Micah no puede firmar otra cosa que no sean libros, mucho menos *su cuerpo*. Una pareja de hermanas se pone de morros y cruza los brazos cuando les contesto que no tengo ni idea del hotel en el que Micah se está quedando —con sus padres, en su casa—.

Todavía no he llegado a la trastienda cuando lo escucho: nombre y apellido, cantados a coro por las cientos de personas que abarrotan la tienda. No tengo que girarme hacia la mesita que hemos preparado para saber que, elegantemente tarde, nuestro invitado ha llegado.

Micah Nguyen.





# dos

¿Sabes esa escena en la película de *Lilo & Stitch* en la que Lilo dibuja un boceto de Stitch y lo rellena de rojo según el mal genio que tiene? Si alguien me plasmase sobre un papel y lo colorease según la mala hostia que tengo ahora mismo, no quedaría ni un solo hueco sin pintar. Habría rojo hasta por fuera de las líneas de mi cuerpo.

Por el rabillo del ojo veo cómo Micah aparta la silla de la mesita, sonriente y con el pelo negro revuelto como si fuera un nido de cigüeñas, pero no se sienta. Lleva puesto un polo blanco y vaqueros; por los hoyuelos de las mejillas y la forma en la que saluda al gentío, sacudiendo ambas manos, nadie diría que llega una hora tarde. Apostaría lo que fuera a que el mal humor general por la tardanza se ha disipado al completo.

Si alguien me preguntase cuál fue el momento exacto en el que Micah Nguyen, un donnadie de Salva Guardia, se hizo famoso, no tendría ni repajolera idea de cómo contestar. Un día era el mejor amigo de mi hermana —el chico que me revolvió el pelo cada vez que me veía solo porque sabía que me molestaba, el chico que prácticamente aspiraba la comida de mi padre cuando se quedaba a cenar— y al día siguiente era un autor *best seller*.

Publicó *Estrellas bajo el mar* hace un año, en su segundo año de universidad. Para aquel entonces mi hermana ya había cortado toda relación con él, así que la sorpresa de su éxito fue igual de grande para ella que para el resto de la ciudad.

Sinceramente, no sé qué es lo que esta gente le ve de especial al libro de Micah. No me lo he leído —ni pienso hacerlo—, pero solo la sinopsis ya hace que se me quiten las ganas: una chica de granja es llamada por el mar, al que debe acudir para salvar a su hermana. O algo así. No le suelo hacer ascos a ningún libro, pero este no me llama la atención para nada.

¿Tiene que ver que nunca tragase a Micah cuando él y Amelia eran amigos con que no me quiera leer su novela? Puede. De todos modos, no importa si yo me lo he leído o no. Micah tiene más que suficientes admiradores.

Al paso que van, alguno de ellos va a romperme un hueso.

No puedo evitar fruncir el ceño cuando veo cómo Micah se pasa una mano por el pelo, que le vuelve a caer justo donde antes. Le sonrío de medio lado a una chica que da saltitos en primera fila y se sienta por fin en la silla, despatarrándose como si estuviera en su casa. Alguien le da un libro que firma sin perder la compostura.

Pongo los ojos en blanco, pero unas chicas me apartan de su paso con un empujón que evita que pueda seguir criticando con la mirada a Micah, al que pierdo de vista. Trastabillo con mis propios pies y me choco contra una estantería, clavándome el lomo de varios libros en lo bajo de la espalda. Antes de que pueda recuperar el aliento, un chaval da un salto para poder ver mejor a Micah y cuando aterriza le da un manotazo a los libros que llevo en los brazos, haciéndome perder el equilibrio por completo.

Casi puedo ver a cámara lenta cómo uno tras otro, los libros se me escurren y caen al suelo encima de varios pies.

—Joder —mascullo, una mano en la espalda y otra en la sien. Debería haber dicho que estaba enferma esta mañana—. La madre que los...

Una mujer de por lo menos cuarenta años me da un golpe en el hombro —lo que me faltaba— y me mira desafiante, lo que es absurdo porque soy bastante más alta que ella.

—Deberías comportarte —espeta con aires de superioridad. Señala a una niña muy concentrada en su Nintendo que tiene agarrada de la mano y añade—: Hay niños delante, ¿sabes? Deberías ser más profesional, que estás trabajando.

Miro un par de veces a la mujer de pies a cabeza, luego a la niña con su Nintendo y de nuevo a la señora, que no ha apartado la vista de mi persona como si estuviera esperando una respuesta. Pestañeo varias veces, atónita.

¿Es que hoy los astros se han alineado en mi contra? Decido echarle la culpa a Micah Nguyen, al que escucho reír incluso por encima de la multitud. Si no hubiera escrito un libro, no habríamos organizado esta estúpida firma y mi trabajo hubiera sido igual de tranquilo que el resto de los días del año.

—¿No tienes nada que decir, niña?

—El libro de Micah Nguyen está recomendado para edades a partir de dieciséis —contesto de memoria—. No tiene ningún sentido que la *niña* esté aquí.

Lo sé, lo sé. El cliente siempre tiene la razón y toda esa mierda. Silvia no deja de decirme que debería ser más como Maddie, otra de las empleadas de La esquina 43, que nunca se queja cuando Silvia la manda a por cosas a la trastienda y siempre sonrío a los clientes, a pesar de lo pesados o condescendientes que puedan llegar a ser.

Pero es que a veces los clientes *no* tienen la razón. Solo hace falta alguien con las ganas suficientes de decirlo.

Además, en mi contrato queda bien claro que mi trabajo consiste en vender libros, no en satisfacer a madres insoportables.

—Hay hojas de reclamación en el mostrador —le informo con una sonrisa falsa y ojos de corderito—. Micah solo está hasta las dos, así que le sugiero que se dé prisa. Hay mucha gente. No querrá irse sin firma, ¿no?

Me apresuro a coger los libros del suelo y, antes de que la señora pueda decirme algo más, salgo echando leches.

Una vez he llevado los libros a la trastienda, Silvia, que me mira de reojo por haber tardado tanto —y porque probablemente sabe que le he contestado mal a una clienta—, me ordena salir a la calle a controlar que la gente no se cuele en la librería antes de tiempo. Estamos tan llenas que no creo que pudieran hacerlo ni aunque lo intentaran, pero tampoco soy tan tonta como para cuestionar órdenes de mi jefa.

Observo a Micah mientras me abro paso hasta la salida. Sigue despatarrado en la silla y firmando ejemplares de *Estrellas bajo el mar* con una sonrisa en los labios. El pelo le cae sobre la frente y se lo tiene que apartar de vez en cuando, los ojos le brillan sobremanera cuando un fan nuevo se acerca a él y le susurra algo al oído. Halagos, por la cara de lelo que se le pone.

Se parece a un golden retriever al que acaban de darle unas chuches. El pensamiento me hace soltar una risita; la gente que tengo alrededor me mira como si hubiera perdido un tornillo, pero vuelven a concentrarse en Micah rápidamente.

Nunca fue una de mis personas favoritas, pero una parte de mí quiere acercarse y preguntarle qué tal le va —aparte de su evidente fama como autor—. Era amigo de Amelia, no mío, pero lo veía tanto como a ella cuando iba al instituto. Se pasaba por casa todas las tardes para hacer trabajos o jugar a videojuegos o simplemente porque le gustaba demasiado la comida de mi padre como para resistirse. Lo veía constantemente, es imposible no sentir curiosidad.

Una chica bajita le da un libro. Micah le pregunta algo; ante la respuesta, levanta tanto las cejas que se le esconden tras el flequillo. Luego echa a reír.

¿Se acordará de mí? La duda me asalta de repente y me hace pensar. Yo siempre estaba por ahí cuando venía a casa, mirándolo con cara de mala hostia o contestándole como una niña repelente cuando me hacía preguntas y me metía las manos en el pelo, pero poco más.

Pongo los ojos en blanco.

Apuesto un pie a que no se acuerda ni de mi nombre.

Le echo un último vistazo —está firmando un libro con la lengua entre los labios— antes de salir a la calle. Maddie, que es la encargada de asegurarse de que la muchedumbre no asalte a Micah, me pilla mirando y me saluda con una mano, sonriente. Le devuelvo el gesto y salgo de la tienda.

El aire caliente de julio me da de lleno en la cara, dejándome KO durante un momento. El aire acondicionado de la librería está siempre tan fuerte que a veces se me olvida que estamos en pleno verano.

No sé qué esperaba encontrarme al salir, pero definitivamente no era *esto*. Resoplo cuando veo la cola de gente esperando a entrar en La esquina 43, tan larga que da la vuelta a la manzana.

—Tienes que estar tomándome el pelo...

La firma de libros es solo hasta las dos de la tarde. Son poco más de las once. A no ser que Micah sepa sujetar un bolígrafo con las dos manos y los dos pies al mismo tiempo, no va a conseguir firmarle los libros ni a la mitad de esta gente.

Que, por cierto, ¿de dónde han salido? Por muchas vueltas que dé alrededor de la cola, no consigo reconocer a nadie. Me imaginaba que vendría gente de pueblos cercanos, pero ni en mis peores pesadillas pensé que vendría semejante marabunta. Lo único que me consuela es que mi turno se acaba a las dos en punto, así que limpiar la librería y encargarse de las personas furiosas a las que no les ha dado tiempo conseguir su firma va a ser problema de otro.

Hay un póster gigante en la cristalera de la librería que no puedo evitar mirar, a pesar de haberlo visto decenas de veces. Hay una foto de la portada de *Estrellas bajo el mar*, un dibujo del fondo marino, oscurecido debido a la profundidad, en el que flotan todo tipo de criaturas, desde ballenas hasta tortugas y, justo en el centro, sobre la arena, hay una casa. Alrededor del tejado hay dibujados puntos diminutos y blancos que podrían ser tanto estrellas como burbujas.

Me cruzo de brazos y dejo pasar a una pareja a la librería. La tipografía del título podría ser mejor, pero no es una mala portada. Hay un fragmento de la obra escrito debajo de la portada: «¿No piensas venir? ¿No piensas *arriesgarte*?».

¿Podría ser más cliché? Seguro que su libro trata sobre la elegida, una chica aleatoria que de repente se ve sumergida en una aventura a la que *solo ella* puede enfrentarse, con un enigma que *solo ella* es capaz de resolver y con un interés amoroso al que *solo ella* consigue conquistar.

Estoy a punto de soltar otro resoplido cuando me suena el móvil varias veces. Indico a un hombre de mediana edad y a una chica que pasen dentro antes de sacármelo del bolsillo de los pantalones y leer los mensajes que Bruno, mi mejor amigo, me acaba de enviar.

para alguien a quien no le gusta el libro  
lo miras mucho 11:32

eugenia, si no dejas de fruncir las cejas  
te van a salir arrugas 11:32

puedes parar de hacerle ojitos al  
póster?? pareces una acosadora 11:33

Se me escapa una risa cuando dirijo la mirada hacia el restaurante que hay enfrente de la librería y me encuentro con Bruno, saludándome desde detrás del ventanal con una sonrisa de oreja a oreja. Si hubiera sabido que le tocaba trabajar, me hubiera escaqueado y habría ido directa al restaurante.

O no. Silvia me ha amenazado varias veces con despedirme; no quiero arriesgarme demasiado.

El móvil vuelve a sonar.

vienes a comer????  
estoy solo hasta las seis 11:36

*Por fin* la suerte me sonrío. Levanto ambos pulgares en dirección a Bruno, que agita los brazos en el aire como si su equipo favorito de fútbol hubiera ganado LaLiga, y me concentro de nuevo en *no* hacerle ojitos al póster del libro de Micah, demasiado grande para mi gusto.